

El umbral y el dique

Vajra Chandrasekera

Mi abuela murió cuando yo tenía siete años y los invasores atacaron la aldea. Sus rifles largos empezaron a disparar como salidos de la nada, destruyendo paredes y despedazando cuerpos. Padre me empujó al suelo y me protegió con su cuerpo, y ni vi morir a mi abuela ni me percaté de que madre había desaparecido hasta terminada la incursión. Padre se incorporó y miró afuera con cautela; gritos de angustia y consternación brotaban por doquier, y a mí todavía me zumbaban los oídos del ruido de los disparos. Parecía como si el mundo estuviese envuelto en un velo de humo y careciese de nitidez. Los ojos me escocían.

Padre cogió un puñado de tierra, se lo acercó a la cara y le musitó algo antes de arrojarlo de nuevo al suelo. El humo se orientó, girándose hacia él y adoptando la forma de unas alas grises. Cuando padre salió el humo lo acompañó.

Se oyeron más gritos. Me arrastré hasta la puerta y escudriñé el exterior, pero no vi nada.

Al cabo, padre regresó. Tenía las manos rojas, bañadas de sangre, pero vacías. Se agachó a mi lado y miró hacia el interior, hacia donde mi abuela todavía yacía con las costillas destrozadas, los ojos y la boca abiertos en un grito final, y suspiró.

—Se han llevado a tu madre —dijo, acariciándome el cabello. La sangre me chorreó lentamente por la parte posterior de la cabeza y lo apelmazó.

—¿Por qué? —pregunté. Yo estaba en esa edad en la que todo eran interrogantes: ¿por qué el cielo era azul?, ¿por qué atacaban Vilacem?, ¿qué querían los invasores?

Padre no me dio más explicaciones. Su mano había quedado inerte sobre mi cabeza.



Una vez hubimos encendido las piras funerarias para todos los muertos y presenciado cómo quedaban reducidos a cenizas, padre me llevó por el bosque hasta la colina donde crece el árbol de espíritus. Después de medianoche, una vez hubo sacrificado un gallo negro y bailado las danzas funerarias y las danzas prohibidas, plantó el hueso del dedo de la abuela en la grieta en las rocas, y el árbol de espíritus se desplegó como una bandera. Esa fue la primera vez que lo vi.

No brillaba en la oscuridad como me había imaginado; tan solo se alzaba allí, una presencia sombría, parsimoniosa y retorcida, que un momento atrás no había existido. En sus ramas no susurraban hojas, sino los huesos de los espíritus de siete generaciones. La larga continuidad

de los muertos, la llamó padre, cuyo flujo ahora pasaba por mi abuela, y que algún día nos alcanzaría a nosotros dos.

—No la veo —dije alzando la mirada hacia las hojas-hueso indistintas en la oscuridad; pero padre aseguró que él sí la veía.

—Hoy se completa mi iniciación y comienza la tuya —dijo padre—. Cuando sea tu turno verás con claridad.

Habló con ellos hasta el amanecer, con los espíritus ancestrales de nuestra familia. Madre habría debido estar allí habida cuenta de que para entonces seguro que estaba muerta, pero sin uno de sus huesos nunca se incorporaría al árbol, y sin el árbol, nunca se incorporaría al clan de nuestros muertos. Aquella noche padre habló de esto, entre otras cosas. Yo no oía las respuestas, pero deseé que la abuela supiera qué decirle.



Padre y madre nunca se llevaron bien. A la abuela le hacía gracia verlos pelear como el perro y el gato, pero a mí me ponía nervioso porque padre y yo nunca reñíamos, sobre todo desde que madre desapareció. Nos tratábamos con cortesía y respeto, y yo me preguntaba si madre habría discutido conmigo de haber seguido con nosotros. ¿Se habría opuesto a que me uniera al ejército?

Padre murió en esa misma guerra eterna que también había matado a mi madre, a su propia madre y a todos los demás miembros de nuestra familia, solo veinte años después de aquella noche que pasamos en la colina donde crecía el árbol de espíritus.

Yo no me enteré hasta un día o dos más tarde, pero la noche de su muerte soñé con humo que se asemejaba a unas alas grises y con el susurro de los huesos. Incluso tras despertarme, el murmullo continuó en mis oídos como un bisbiseo, y mi campo visual se contrajo, con la oscuridad cercándome como si me estuviera asfixiando en medio del humo. Me costaba respirar. Cuando al cabo alguien vino a informarme de que padre había muerto fue como si lloviera sobre mojado.

Fue un rifle largo lo que lo mató, me dijeron, un tiro largo desde muy lejos. Una emboscada alienígena. No mencioné lo que había soñado. De padre había aprendido a ser reticente: de su manera en que a veces no hablaba de cosas importantes, de su manera en que a veces simplemente no hablaba. Separaba los labios y luego los volvía a fruncir, mordiéndose la lengua para retener lo no dicho, los músculos de la mandíbula tensos, la barba erizada mientras apretaba los dientes. El silencio no era algo innato en él, pero se había enseñado a sí mismo su necesidad. No todos los clanes tenían árboles de espíritus. No todas las familias tenían espíritus voraces dispuestos a ir de nuevo a la guerra ni miembros vivos dispuestos a esgrimirlos, pero a las que sí los tenían nunca les faltaba alguien que las traicionase.

Cuando llegaron los invasores, me contó padre en una ocasión, los habíamos recibido con los brazos abiertos hasta que descubrimos que ellos entregaban sus muertos a la tierra para que se pudrieran en ella, y que tenían dioses voraces en lugar de espíritus. Iban a la búsqueda de nuevos mundos, de inagotables terrenos vírgenes donde enterrar sus muertos. Fue entonces cuando nuestros antepasados comenzaron a privar de alimento a sus espíritus, comenzaron a afilar sus armas. Cuando mi abuela era pequeña casi todas las familias de Vilacem tenían un árbol de espíritus. Pero los invasores fueron a por aquellos que conservaban las tradiciones ancestrales, recompensaron a quienes los señalaron. En las zonas ocupadas exorcizaron todas las colinas y cruces de caminos, prohibieron hasta las danzas más triviales, declararon al gallo especie protegida. Destrozaron nuestros crematorios y construyeron camposantos.

En la época de padre, él era el último que mantenía las tradiciones ancestrales en nuestra aldea. Aparte de mí, por supuesto. Padre me había instruido, lentamente a lo largo de las dos décadas de mi iniciación, y mayormente en un silencio que me impedía decirle lo que pensaba. Yo era cortés y respetuoso, y había aprendido lo que él quiso enseñarme, así que ¿qué importancia tenía lo que yo pensase?

En el momento de su muerte, ya hacía bastante tiempo que estábamos asignados a regimientos distintos y llevábamos una buena temporada sin vernos. Como en el frente oriental atravesábamos una de esas escasas rachas de

tranquilidad me concedieron un permiso para los ritos funerarios, aunque tuve que solicitar algo más de tiempo porque sabía que primero tendría que encontrarlo.

Vilacem era un territorio cuasiindependiente, que lindaba con el mar al sur, con la montañosa Candea al norte y con zonas ocupadas desde mucho tiempo atrás tanto al oeste como al este. A mi ver era una región extensa, aunque desde la perspectiva de los invasores debía de tratarse de un territorio irrisorio. ¿Habían realizado un viaje tan increíblemente largo para esto? No entendía por qué combatían con tanto ardor. Sus dioses eran criaturas para las que el dolor y sufrimiento autoinfligido eran algo connatural, decía la gente, y tan ávidos, tan deseosos de dejar hasta el último de los mundos cubierto de muertos...

Tardé dos días enteros en encontrar el campamento del regimiento al que había pertenecido padre y en dar con alguien que me acompañara hasta donde se encontraban los cadáveres que se habían recuperado tras el último combate. En cuanto me había llegado la noticia, había enviado un mensajero avisando de mi llegada para que guardaran su cuerpo y no lo enviaran a las piras comunes en las que se quemaban todos los muertos que nadie reclamaba. Aunque lo habían lavado y envuelto, el hedor era intenso. Como si de una capa se tratara, seguía notando el peso de la desorientación que se había apoderado de mí al enterarme de su muerte. Hablaba poco y me movía despacio.

La tarde estaba ya muy avanzada cuando terminé de levantar la pira. El terreno donde había erigido ese osario improvisado estaba algo apartado del campamento y en un principio creí estar solo. Sin embargo, cuando prendí la pira, a la luz de las llamas me percaté de que no era así. La trémula figura en el límite de mi campo visual no era consecuencia del cansancio de mis ojos ni de las lágrimas producto del humo de la hoguera; se trataba de una silueta familiar que se mantenía en las sombras.

—Hola, madre —dije.

Ella no contestó a mi saludo, pero se aproximó un poco más al fuego. Si la miraba directamente se quedaba inmóvil y me costaba verla; pero si mantenía la vista fija sobre el fuego se movía en mi visión periférica, cada vez más cerca.

—¿No vas a coger un hueso para el árbol? —preguntó madre.

Su voz era suave, casi indistinguible del crepitar de la hoguera y del susurro en mis oídos. Mi campo visual se contrajo hasta un círculo de llamas. No respondí.

Madre introdujo una mano en el fuego —durante un instante, su brazo pareció larguísimo— y, aunque ni oí ruido de huesos quebrándose ni vi carne desprendiéndose en la pira, me alargó un fragmento del cráneo. Era del tamaño justo para que me cupiera en la mano, amarillento y ligeramente combado. Debía de ser de la sien izquierda, a juzgar por el tamaño y la forma. Tenía los bordes

irregulares y todavía estaba muy caliente por el fuego. Aunque abrasaba, lo cogí.

—Existen ritos funerarios distintos a los que tú conoces —dijo madre—. La tradición más antigua consiste en abandonar los muertos al cielo. Descomponerse al aire libre, ser devorado por los carroñeros. Con la cremación repudiamos la descomposición; con el enterramiento negamos su realidad. Ambas tradiciones son poderosas porque mediante ellas nuestra voluntad se impone a la verdad.

—¿Es eso lo que te sucedió a ti? —pregunté.

No me atrevía a mirarla, sabiendo que su rostro sería una calavera, una abominación medio podrida. Pero entonces la vi sin querer, y no lo era. Tan solo parecía mayor de lo que la recordaba. Tenía el cabello canoso y el rostro surcado por profundas arrugas, como si hubiera pasado todos estos años con esa misma expresión de preocupación y temor.

—El árbol de espíritus no es para mí —dijo ella—. Eso es algo sobre lo que tu padre y yo siempre discrepamos. No está bien manchar de sangre las manos de nuestros muertos.

—Entonces ¿por qué me has dado esto? —pregunté.

El fragmento del cráneo quemaba como si todavía estuviese incandescente por el fuego. Tenía la palma de la mano ampollada.

Madre no respondió. Cuando volví a levantar la vista ya no estaba, pero no obstante creí conocer la respuesta a mi pregunta. No era por mí. Era por padre, era lo que él hubiera querido.



En un principio no hice nada con el fragmento de cráneo. Regresé a mi regimiento, que fue uno de los primeros en ser equipado con rifles largos de fabricación propia. Ingeniera inversa a partir de los diseños alienígenas, un cambio de estrategia obligado, que en mi opinión se debía haber puesto en práctica mucho antes. Las naves de los invasores llevaban generaciones viniendo a nuestro mundo y descargando más y más enemigos, y la voracidad de nuestros espíritus ancestrales era inútil e insuficiente para luchar contra ellos. Los rifles eran más eficaces.

Corrían rumores de una nueva alianza entre la vecina Candea y un nuevo imperio alienígena distinto, rival de nuestros viejos enemigos; rumores de que el hogar de los invasores estaba siendo arrasado por una guerra civil o había sucumbido a una revolución, y sus naves habían dejado de llegar; teorías que aseguraban que el enemigo estaba volcado en exceso en demasiadas guerras y demasiados mundos. No podíamos saber si nada de esto era cierto. Lo fuera o no, las tornas parecían haberse vuelto

en la guerra y, por vez primera desde que alcanzaba a recordar, reinaba algo parecido a la esperanza, aunque no habría sabido decir qué es lo que esperábamos.

Tal vez todo esto no fueran más que excusas, rumores o meras ilusiones de la soldadesca. La guerra se libraba en medio de grandes corrientes oceánicas en las que mi vida era una gota microscópica. La posibilidad de al menos alcanzar a comprenderla era una ilusión que no me permitía.

Liberamos la zona ocupada del este en una campaña conjunta con el ejército candeano, con el apoyo aéreo del antiguo regimiento de mi padre: unos nubarrones grises de tormenta que se arremolinaron como salidos de la nada y oscurecieron el despejado cielo azul. Los relámpagos acabaron con las torres de vigilancia del enemigo, y nosotros abrimos fuego desde nuestras posiciones en mitad de la ladera de la colina colindante con su frontera: un inmenso cementerio que rodeaba todo su territorio. Esa era su táctica; un símbolo de su expansión y al mismo tiempo una barrera defensiva, el muro de contención de los muertos. Por encima del mismo, el cielo permanecía despejado y azul; los grises nubarrones retrocedían como el agua al toparse con una presa. Pero para las tropas de infantería equipadas con rifles largos no suponía un obstáculo.

La batalla fue prolongada y ardua, y a la postre la sangre de los invasores resultó ser tan roja como la de los humanos.



Los habitantes de la zona ocupada no se alegraron tanto de ser liberados como nos habíamos esperado. La mayoría había nacido durante la ocupación, al igual que sus padres, abuelos y bisabuelos. Eran medio alienígenas por sangre, habla y costumbres. Habían cambiado sus nombres y roto la continuidad de los muertos. Habían empezado a adorar a los voraces dioses de los invasores. Habían aprendido a enterrar a sus muertos. A sus ojos, nosotros tan solo habíamos sustituido a un grupo de gobernantes por otro; el emperador alienígena en su lejano trono, el soberano de Candea en las montañas, el consejo de caudillos de Vilacem... para ellos venían a ser casi lo mismo.

Una vez concluida la batalla y restañadas las heridas, deambulé por el camposanto circundante con los perpetuos murmullos en mis oídos intensificándose hasta llegar a ser dolorosos. Conocía la escritura alienígena lo suficiente como para leer las lápidas, y busqué en ellas el nombre de madre, caminando arriba y abajo por entre las hileras. Hice caso omiso del dolor tanto tiempo como pude, pero tuve que desistir mucho antes de haber podido leer tan siquiera la décima parte de todas las inscripciones. El bisbiseo en mis oídos había crecido hasta un rugido; caí de rodillas sobre la hierba, la cabeza zumbándome, y me concentré en una única brizna hasta que mi visión se despejó lo

suficiente como para permitirme abandonar el cementerio trastabillando. Nunca sabré si madre yace en él.



Cuando me dieron mi siguiente permiso cogí el trozo de hueso del cráneo de mi padre y volví a casa, al bosque, a la colina donde crece el árbol de espíritus. Sacrifiqué un gallo negro que se veía más flaco que los de la época de padre, bailé las danzas prohibidas y, cuando la medianoche quedó atrás, enterré el fragmento de hueso en la grieta en las rocas y el árbol de espíritus brotó.

Era mayor y más indómito de lo que me había parecido de niño. Me lo esperaba más pequeño.

No vi a padre en las hojas-hueso. No vi a nadie. Tal vez padre me había mentido sobre lo que debería ver. Tal vez yo había roto la continuidad al no haber traído conmigo a un vástago propio al que iniciar. Yo tampoco había completado mi propia iniciación. Era el cabo deshilachado de una vieja cuerda.

No tenía intención de tener hijos. La guerra no había terminado. Esta convicción me distanciaba de los demás soldados, me impedía celebrar victorias y llorar bajas del mismo modo que lo hacían mis compañeros. El mundo no podía volver a ser como había sido antes de la llegada de los invasores. Eso se había perdido; esto no era una

interrupción en la historia, sino la propia historia, y la guerra no era algo que se circunscribiera a territorios, dioses y espíritus. La guerra era ni más ni menos la vida. No podía plantarle cara porque, hiciera lo que hiciera, las grandes corrientes del mundo me arrastraban como a una hoja en el agua. Pero, a pesar de todo, sí podía intentar plantarle cara...

Habría tratado de explicárselo a padre y a los demás si hubieran hecho acto de presencia, pero eso no ocurrió. Tenía ciertas esperanzas de que madre volviese a aparecer, pero eso tampoco sucedió. Hasta mucho después no me hice a la idea de que no la volvería a ver, de que nunca sabría con certeza qué había sucedido. La verdad de los hechos, al igual que la paz, era un cuento para niños.

Esa noche esperé en silencio hasta que el árbol de espíritus se desvaneció con la llegada del amanecer; entonces escupí en la grieta en las rocas y regresé con mi regimiento.



Yo mismo fui alcanzado por los disparos de los rifles largos, en dos ocasiones, pero sobreviví en ambas. El primero tan solo me rozó y me recuperé; el segundo me hizo añicos el hueso del muslo, y me mandaron a casa a cojear durante el resto de mis días.

Nunca utilicé mis espíritus ancestrales en la batalla, a pesar de sus voraces susurros en mis oídos. No podía soportar la idea de volver a enviar a padre a la guerra.

Tengo dicho que cuando muera no deseo ni tumba ni fuego. Cuando llegue el momento, me adentraré en el bosque y buscaré la colina donde crece el árbol de espíritus. Me pudriré sobre la tierra del mundo por el que luchamos, bajo el cielo abierto de los carroñeros. Me concederé la dádiva de una muerte sin poder, y de ese modo completaré mi iniciación.

Copyright © 2015 Vajra Chandrasekera

Traducido del inglés por Marcheto

<http://cuentosparaalgernon.wordpress.com/>